

SECCIÓN DE OBRAS DE FILOSOFÍA

DERRIDA

Traducción de
GABRIELA VILLALBA

BENOÎT PEETERS

DERRIDA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2010
Primera edición en español, 2013

Peeters, Benoît

Derrida. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013.

681 p. ; 21x14 cm. - (Filosofía)

Traducido por: Gabriela Villalba

ISBN 978-950-557-956-3

1. Derrida Jacques. Biografía. I. Villalba, Gabriela, trad.

II. Título

CDD 921

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Imagen de tapa: Fotomatón, década de 1970 (colección personal Derrida)

Foto de solapa: Arnaud Février, © Flammarion

Todas las imágenes del pliego pertenecen a la colección personal Derrida, con excepción de la carta a Gérard Granel que pertenece a la colección privada.

Título original: *Derrida*

ISBN de la edición original: 978-2-0812-1407-1

© 2010, Flammarion

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-956-3

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	13

Primera parte

JACKIE

1930-1962

I. <i>El Négus</i>	23
II. <i>Bajo el sol de Argel</i>	35
III. <i>Las paredes del Louis-le-Grand</i>	55
IV. <i>La École</i>	83
V. <i>Un año estadounidense</i>	107
VI. <i>El soldado de Koléa</i>	119
VII. <i>La melancolía de Le Mans</i>	137
VIII. <i>Hacia la independencia</i>	143

Segunda parte

DERRIDA

1963-1983

I. <i>De Husserl a Artaud</i>	159
II. <i>A la sombra de Althusser</i>	179
III. <i>La escritura misma</i>	191
IV. <i>Un año fasto</i>	209
V. <i>Un breve retiro</i>	229
VI. <i>Posiciones incómodas</i>	255
VII. <i>Rupturas</i>	283
VIII. <i>Glas</i>	313
IX. <i>Para la filosofía</i>	325

X.	<i>Otra vida</i>	351
XI.	<i>Los “nuevos filósofos” en los Estados Generales</i>	363
XII.	<i>Envíos y pruebas</i>	375
XIII.	<i>La noche de Praga</i>	403
XIV.	<i>Una nueva situación</i>	415

Tercera parte

JACQUES DERRIDA

1984-2004

I.	<i>Los territorios de la deconstrucción</i>	429
II.	<i>Del caso Heidegger al caso De Man</i>	457
III.	<i>Memoria viva</i>	485
IV.	<i>Retrato del filósofo a los 60 años</i>	503
V.	<i>En las fronteras de la institución</i>	531
VI.	<i>La deconstrucción en Estados Unidos</i>	543
VII.	<i>Espectros de Marx</i>	557
VIII.	<i>La Internacional Derrida</i>	577
IX.	<i>El tiempo del diálogo</i>	597
X.	<i>En la vida como en la muerte</i>	625
	<i>Fuentes</i>	655
	<i>Bibliografía</i>	659
	<i>Índice de nombres</i>	667

Nadie sabrá nunca a partir de qué secreto
escribo y que yo lo diga no cambia nada.
JACQUES DERRIDA, "Circonfesión"

INTRODUCCIÓN

UN FILÓSOFO, ¿tiene una vida? ¿Podemos escribir su biografía? La pregunta se planteó en octubre de 1996, en un coloquio organizado en la Universidad de Nueva York. En una intervención improvisada, Jacques Derrida comenzó recordando:

Como ustedes saben, la filosofía tradicional excluye la biografía, considera la biografía como algo externo a la filosofía. Ustedes recordarán la frase de Heidegger respecto de Aristóteles: “¿Cuál fue la vida de Aristóteles?”. Pues bien, la respuesta necesita de una sola frase: “Nació, pensó, murió”. Y todo el resto es mera anécdota.¹

Sin embargo, no era ésta la posición de Derrida. Ya en 1976, en una conferencia sobre Nietzsche, escribía:

Ya no entendemos la biografía de un “filósofo” como un corpus de accidentes empíricos que dejan un nombre y una firma fuera de un sistema que sí se ofrecería a una lectura filosófica inmanente, la única en ser considerada como filosóficamente legítima.²

Derrida llamaba entonces a inventar “una nueva problemática de lo biográfico en general y de la biografía de los filósofos en particular” para repensar la frontera entre “el corpus y el cuerpo”. Esta preocupación nunca lo abandonó. En una entrevista tardía, insistió en el hecho de que “la cuestión de la ‘biografía’” no lo incomodaba para nada. Incluso podría decirse que le interesaba mucho:

¹ Jacques Derrida, “Thinking Lives: The Philosophy of Biography and the Biography of Philosophers”, Nueva York, 1996. Algunos fragmentos de esta intervención pueden verse en la película *Derrida*, de Kirby Dick y Amy Ziering Kofman (disponible en DVD: *Blaq Out*, 2007). En Internet se puede acceder a otros fragmentos.

² Jacques Derrida, *Otobiographies. L'enseignement de Nietzsche et la politique du nom propre*, París, Galilée, 1984, p. 39 [trad. esp.: *Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu, 2009].

Yo soy de aquellos –pocos– que lo hemos señalado de modo constante: es bien necesario (y es necesario hacerlo *bien*) volver a llevar a escena la biografía de los filósofos y el compromiso firmado, en particular el compromiso político, con su nombre propio, ya sea que estemos hablando de Heidegger o de Hegel, Freud o Nietzsche, de Sartre o Blanchot, etcétera.³

De hecho, Derrida no temió recurrir a materiales biográficos en sus propias obras, cuando hubo de referirse a Walter Benjamin, Paul de Man y algunos otros. En *Glas*, por ejemplo, cita profusamente la correspondencia de Hegel, mencionando sus vínculos familiares y preocupaciones económicas, sin considerar esos textos como menores ni como ajenos a su trabajo filosófico.

En una de las últimas secuencias de la película que le dedicaran Kirby Dick y Amy Ziering Kofman, Derrida incluso se atreve a llegar más lejos, al responder de manera provocadora a la pregunta sobre qué le gustaría descubrir en un documental sobre Kant, Hegel o Heidegger:

Me gustaría escucharlos hablar de su vida sexual. ¿Cuál es la vida sexual de Hegel o de Heidegger? [...] Porque es algo de lo que ellos no hablan. Me gustaría escucharlos mencionar algo acerca de aquello de lo que no hablan. ¿Por qué los filósofos se presentan en su obra como seres asexuados? ¿Por qué borraron su vida privada de su obra? ¿Por qué nunca hablan de cosas personales? No digo que haya que hacer una película porno sobre Hegel o Heidegger. Quiero escucharlos hablar del lugar que ocupa el amor en sus vidas.

De manera aún más significativa, la autobiografía –la de los demás, principalmente la de Rousseau y la de Nietzsche, pero también la suya– fue para Derrida un objeto filosófico como cualquier otro, digno de consideración en sus generalidades y más aún en sus detalles. Para él, incluso, la escritura autobiográfica era el género por excelencia, aquel que primero le había provocado deseos de escribir, aquel que nunca dejará de perseguirlo. Desde la adolescencia soñaba con una especie de inmenso diario de vida y de pensamiento, con un texto ininterrumpido, polimorfo y –por decirlo de algún modo– absoluto:

³ Jacques Derrida, “Autrui est secret parce qu’il est autre”, entrevista con Antoine Spire, reproducida en *Papier Machine*, París, Galilée, 2001, p. 378 [trad. esp.: *Papel Máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas*, trad. de Cristina de Peretti y Paco Vidarte, Madrid, Trotta, 2003].

En el fondo, las Memorias –aunque con una forma que no sería lo que en general llamamos “Memorias”– son la forma general de todo lo que me interesa, el deseo irrefrenable de conservarlo todo, de reunir todo en el idioma de uno. Y la filosofía –en todo caso, la filosofía académica–, para mí, siempre estuvo al servicio de ese designio autobiográfico de memoria.⁴

Derrida nos brindó esas Memorias que no lo son, diseminándolas en muchos de sus libros. “Circonfesión”, *La tarjeta postal*, *El monolingüismo del otro*, *Velos*, *Mémoires d’aveugle** [Memorias de ciego], *La contre-allée*⁵ y muchos otros textos, entre ellos muchas entrevistas tardías y las dos películas que le fueron dedicadas, dibujan una autobiografía fragmentaria, pero rica en detalles concretos y, en algunos casos, muy íntimos, que Derrida llegó a designar como “opus autobiotánatoheterográfico”. Me he apoyado ampliamente en estas notaciones de gran riqueza, sin dejar de confrontarlas con otras fuentes cada vez que fue posible.

No intentaré en este libro brindar una introducción a la filosofía de Jacques Derrida, ni mucho menos una nueva interpretación de una obra cuya amplitud y riqueza desafiarán por mucho tiempo a los comentadores. Pero sí quisiera proponer la biografía de un pensamiento a la vez que la historia de un individuo. Por ende, me ocuparé, prioritariamente, de sus lecturas e influencias, de la génesis de las obras principales, de las turbulencias de su recepción, de los combates que libró Derrida, de las instituciones que fundó. Sin embargo, no será una *biografía intelectual*. Esta formulación me molesta, en muchos sentidos, por las exclusiones que parece acarrear: la infancia, la familia, el amor, la vida material. Por cierto, para el propio Derrida –como él mismo explicó en sus entrevistas con Maurizio Ferraris–, “la expresión ‘biografía intelectual’” era eminentemente problemática y, más aún, un siglo después del nacimiento

⁴ Jacques Derrida y Maurizio Ferraris, *Il Gusto del Segreto*, Roma, Laterza, 1997 [trad. esp.: *El gusto del secreto*, trad. de Luciano Padilla López, Buenos Aires y Madrid, Amorrortu, 2009]. Para esta cita y todas las siguientes, me baso en el manuscrito conservado en el Institut Mémoires de l’Édition Contemporaine (IMEC), dado que el libro nunca se publicó en francés.

* Se tradujeron al español algunos fragmentos de este texto en “Memorias de ciego: el autorretrato y otras ruinas”, en *Quimera*, núm. 108, 1991, pp. 31-35. [N. de la T.]

⁵ La mayor parte de las veces, y en especial en sus primeras obras, Derrida prefería, contrariamente al uso habitual francés, evitar las mayúsculas en los títulos de sus libros. En una carta de 1967, mientras el libro estaba en preparación, Philippe Sollers le escribe: “Estoy de acuerdo con *L’écriture et la différence* [La escritura y la diferencia]” [en minúsculas].

del psicoanálisis, la de “vida intelectual consciente”. Del mismo modo que le parecía frágil e indecisa la frontera entre la vida pública y la vida privada:

En determinado momento de la vida y la trayectoria de un hombre público –de aquello que, siguiendo muy confusos criterios, denominamos “un hombre público”–, todo archivo privado –suponiendo que no haya allí una contradicción en los términos– está destinado a convertirse en un archivo público una vez que no ha sido quemado de inmediato (e incluso a condición de que, una vez quemado, no deje tras de sí la ceniza hablante y quemante de algunos síntomas archivables por la interpretación o el rumor público).⁶

Así pues, la presente biografía no quiso prohibirse nada. Escribir la vida de Jacques Derrida es contar la historia de un pequeño judío de Argel, expulsado de la escuela a los 12 años, que se convirtió en el filósofo francés más traducido del mundo, la historia de un hombre frágil y atormentado, que hasta el final de sus días no dejó de sentirse un “mal querido” de la universidad francesa. Es hacer que revivan mundos tan diferentes como la Argelia anterior a la Independencia, el microcosmos de la École Normale Supérieure de París, la nebulosa estructuralista, las turbulencias del período pos 1968. Es repasar una excepcional serie de amistades con escritores y filósofos de primera línea, desde Louis Althusser hasta Maurice Blanchot, desde Jean Genet hasta Hélène Cixous, pasando por Emmanuel Levinas y Jean-Luc Nancy. Es reconstituir una no menos larga serie de polémicas, ricas en desafíos, pero a menudo brutales, con pensadores como Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, Jacques Lacan, John R. Searle o Jürgen Habermas, al igual que varios *affaires* que se expandieron ampliamente más allá de los círculos académicos y que, en los casos más conocidos, involucraron a Heidegger y a Paul de Man. Es reconstituir una serie de valientes compromisos políticos, en favor de Nelson Mandela, los inmigrantes ilegales o el matrimonio gay. Es relatar la riqueza de un concepto –la deconstrucción– y su extraordinaria influencia, mucho más allá del mundo filosófico, para los estudios literarios, la arquitectura, el derecho, la teología, el feminismo, los *queer studies* y los *postcolonial studies*.

Para llevar a cabo este proyecto, evidentemente, emprendí una lectura o una relectura lo más completa posible de una obra cuya amplitud es muy conocida: ochenta obras publicadas e innumerables textos y entrevistas que no han sido editados en forma de libro. Exploré la literatura secundaria tanto como me

⁶ Jacques Derrida, sesión de seminario del 1º de febrero de 1995, Archivos del IMEC.

fue posible. Pero ante todo me apoyé en el importante volumen de archivos que nos dejó Derrida y en mis encuentros con alrededor de cien testigos.

Para el autor de *Papel Máquina*, el archivo era una verdadera pasión y un tema constante de reflexión. Pero también era una realidad muy concreta. Como declaró en una de sus últimas intervenciones públicas: “Nunca perdí ni destruí nada. Hasta los papelitos [...] que Bourdieu o Balibar dejaban en mi puerta [...] tengo todo. Las cosas más importantes y las cosas aparentemente más insignificantes”.⁷ Derrida deseaba que estos documentos fueran accesibles y se pudieran consultar, e incluso llegó a explicar:

La gran fantasía [...] es que todos esos papeles, libros o textos, o disquetes, ya me están sobreviviendo. Ya son testigos. Todo el tiempo pienso en eso, en quién irá –quién podría ir– después de mi muerte a mirar, por ejemplo, aquel libro que leí en 1953 y preguntarse: “¿Por qué tachó esto?, ¿por qué puso una flecha aquí?”. Estoy obsesionado por la estructura sobreviviente de cada uno de esos trozos de papel, de esas huellas.⁸

La mayor parte de los archivos personales se encuentra reunida en dos fondos, que examiné metódicamente: la Special Collection de la Langson Library de Irvine, en California, y el fondo Derrida del Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine (IMEC) en la abadía de Ardenne, cerca de Caen. Mientras iba familiarizándome poco a poco con una grafía cuya dificultad conocían todos sus allegados, tuve la suerte de ser el primero en tomar conocimiento de la increíble suma de documentos acumulados por Jacques Derrida a lo largo de toda su vida: los trabajos escolares, los cuadernos personales, los manuscritos de los libros, los cursos y los seminarios inéditos, las transcripciones de entrevistas y mesas redondas, los artículos periodísticos y, por supuesto, la correspondencia.

Si bien conservaba escrupulosamente hasta el más mínimo correo que le enviaban –pocos meses antes de su muerte se lamentó por la única correspondencia que destruyó en su vida–,⁹ muy pocas veces Jacques Derrida hacía co-

⁷ “Dialogue entre Jacques Derrida, Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy”, en *Rue Descartes*, núm. 52, París, PUF, 2006, p. 96.

⁸ Jacques Derrida, “Entre le corps écrivain et l'écriture...”, entrevista con Daniel Ferrer, en *Genesis*, núm. 17, diciembre de 2001.

⁹ “Una vez destruí unas cartas. Con un encarnizamiento terrible: las había destrozado (no funcionaba), las había quemado (no funcionaba...). Destruí una correspondencia que no tendría que haber destruido y lo lamentaré toda mi vida” (en *Rue Descartes*, núm. 52, París, PUF, 2006, p. 96). Algunos indicios permiten datar el hecho a finales de la década de 1960 o a comienzos de la de 1970.

pías de sus cartas. Fueron necesarias, pues, importantes investigaciones para encontrar y consultar los intercambios más importantes, como por ejemplo los que mantuvo con Louis Althusser, Paul Ricœur, Maurice Blanchot, Michel Foucault, Emmanuel Levinas, Gabriel Bounoure, Philippe Sollers, Paul de Man, Roger Laporte, Jean-Luc Nancy, Philippe Lacoue-Labarthe y Sarah Kofman. Máspreciadas aún son algunas cartas enviadas a amigos de juventud, como Michel Monory y Lucien Bianco, durante sus años de formación. Muchas otras permanecieron inhallables o se perdieron, al igual que las numerosísimas cartas que Derrida envió a sus padres.

Una particularidad nada desdeñable de esta biografía es que la emprendí en el inmediato “día después”, cuando apenas entrábamos en la “aparición de Jacques Derrida”,* para decirlo en palabras de Bernard Stiegler. La comencé en 2007 y se publicó en 2010, el año en que Derrida hubiera cumplido 80 años. Habría sido absurdo, pues, apoyarse sólo en materiales escritos, mientras aún contamos con la posibilidad de acceder a la mayoría de los allegados del filósofo.

La confianza que me brindó Marguerite Derrida ha sido excepcional, al permitirme acceder al conjunto de los archivos, pero también al concederme numerosas entrevistas. También fueron fundamentales los encuentros, a menudo largos y a veces repetidos, con testigos de todas las etapas de su vida. Tuve la suerte de poder hablar con el hermano, la hermana y la sobrina preferida de Derrida, y también con muchos de sus compañeros y amigos de juventud, para poder desentrañar aquello que un día él denominó “una adolescencia de 32 años”. Pude entrevistar a un centenar de conocidos: amigos, colegas, editores, alumnos e incluso algunos de sus detractores. Pero, por supuesto, no pude contactar a todos los potenciales testigos y algunos no quisieron reunirse conmigo. Una biografía también se construye a partir de obstáculos y negativas o, si se prefiere, de resistencias.

Más de una vez, me sucedió de sufrir vértigo ante la amplitud y la dificultad de la tarea en la que me había embarcado. Muy probablemente se necesitaba de alguna forma de inocencia, o al menos de ingenuidad, para llevar a cabo un proyecto semejante. ¿Acaso uno de los mejores comentaristas de la obra, Geoffrey Bennington, no había descartado severamente la posibilidad de una biografía digna de ese nombre?:

* En francés, “*le revenir de Jacques Derrida*”. El verbo *revenir* [volver] aquí hace alusión al sustantivo *revenant* [aparecido, fantasma] y, por ende, a las múltiples referencias en la obra de Derrida al problema del fantasma, las fantasías, la muerte y la memoria. [N. de la T.]

Por supuesto, es de esperar que un día Derrida sea objeto de una biografía y entonces nada podrá impedir que ésta se inscriba en la vena tradicional del género [...]. Pero este tipo de escritura, fundado en la complacencia y la recuperación, tarde o temprano tendrá que enfrentarse al hecho de que seguramente el trabajo de Derrida habrá sacudido sus presupuestos. Es muy probable que uno de los últimos géneros de escritura erudita o cuasi erudita en ser afectado por la deconstrucción sea el de la biografía. [...] ¿Es posible concebir una biografía múltiple, estratificada en lugar de jerarquizada, es decir, *fractal*, que escapara a las intenciones totalizadoras y teleológicas que siempre rigieron el género?¹⁰

Sin negar el interés de tal enfoque, en definitiva mi intención no fue proponer una biografía derridiana, sino una biografía de Derrida. El mimetismo, tanto en esta materia como en muchas otras, no me parece el mejor favor que podamos hacerle hoy.

La fidelidad que me interesaba era de otra naturaleza. Jacques Derrida me había acompañado, subterráneamente, desde la primera vez que leí *De la gramatología*, en 1974. Lo había conocido un poco, diez años después, en la época en que escribí una generosa lectura de *Droit de regards* [Derecho de miradas], un álbum fotográfico que habíamos realizado con Marie-Françoise Plissart. Habíamos intercambiado cartas y libros. Nunca había dejado de leerlo. Y resulta que, durante tres años, ocupó lo mejor de mi tiempo y se insinuó hasta en mis sueños, en una especie de colaboración *in absentia*.¹¹

Escribir una biografía es vivir una aventura íntima y a veces intimidante. Suceda lo que suceda, ahora Jacques Derrida formará parte de mi propia vida, como una especie de amigo póstumo. Extraña amistad unilateral, que él no habría dejado de interrogar. Hay algo de lo que estoy persuadido: sólo existen biografías de los muertos. De modo que a toda biografía le falta su lector supremo: el que ya no está. Si existe una ética del biógrafo, tal vez sea allí donde se la puede situar: ¿se atrevería a pararse, con su libro, delante de su *sujeto*?*

¹⁰ Geoffrey Bennington, "A Life in Philosophy", en *Other Analyses: Reading Philosophy*, 2004, disponible en línea: <<http://bennington.zsoft.co.uk>>.

¹¹ Los lectores curiosos por conocer los detalles de la elaboración de este libro y los problemas que se plantearon a su autor pueden consultar *Trois ans avec Derrida. Les cahiers d'une biographie*, publicado en Flammarion en simultáneo con el presente libro.

* En francés, *sujet* es una palabra polisémica, cuyos principales significados remiten a "sujeto" y a "tema". [N. de la T.]



PRIMERA PARTE

JACKIE
1930-1962



I. EL NÉGUS 1930-1942

DURANTE MUCHO TIEMPO, los lectores de Derrida no supieron nada de su infancia ni de su juventud. Apenas tenían acceso al año de su nacimiento, 1930, y al lugar, El Biar, un suburbio de Argel. Si bien es cierto que en *Glas* y sobre todo en *La tarjeta postal* se presentan alusiones autobiográficas, se encuentran tan sometidas a los juegos textuales que se mantienen radicalmente inciertas y como irresolubles.

Es en 1983, en una entrevista con Catherine David para *Le Nouvel Observateur*, cuando Jacques Derrida acepta por primera vez dar algunos detalles fácticos. Lo hace de un modo irónico y vagamente exasperado y con un estilo cuasi telegráfico, como si estuviera apurado por desembarazarse de esas preguntas imposibles:

Hace un momento usted hablaba de Argelia, fue allí donde para usted comenzó...

Ah... usted quiere que le diga cosas como "Nací-en-El-Biar-en-la-periferia-de-Alger-familia-judía-pequeño-burguesa-asimilada-pero...". ¿Es necesario? No lo lograré, necesito ayuda...

¿Cómo se llamaba su padre?

Caramba... Mi padre tenía cinco nombres. Todos los nombres de la familia están encriptados, junto con algunos otros, en *La tarjeta postal*. En algunos casos son ilegibles para las mismas personas que los llevan, a menudo sin mayúscula, como uno haría con "aimé" o "rené"...

¿A qué edad dejó Argelia?

Sin lugar a dudas... Llegué a Francia a los 19 años. Nunca me había alejado de El Biar. Guerra de 1940 en Argelia, por lo tanto, primeros rugidos subterráneos de la guerra de Argelia.¹

¹ "Derrida l'insoumis", entrevista con Catherine David, en *Le Nouvel Observateur*, 9 de septiembre de 1983. Reproducida en Jacques Derrida, *Points de suspension*, París, Galilée, 1992, pp. 128 y 129.

En 1986, en un diálogo con Didier Cahen en el programa de France-Culture *Le bon plaisir de Jacques Derrida*, renueva las mismas objeciones, al tiempo que reconoce que la escritura probablemente permitiría abordar estas cuestiones:

Me gustaría que hubiera un relato posible. Por el momento, no es posible. Sueño con llegar un día, no a hacer el relato de esa herencia, de esa experiencia pasada, de esa historia, sino a convertirlo al menos en un relato entre otros posibles. Pero, para lograrlo, necesitaría realizar un trabajo, lanzarme en una aventura de la que hasta ahora no he sido capaz. Inventar, inventar un lenguaje, inventar modos de anamnesis...²

Poco a poco, las alusiones a la infancia se van volviendo menos reticentes. En *Ulises gramófono*, en 1987, cita su nombre de pila secreto, Élie, el que le fue dado en el séptimo de sus días. En *Mémoires d'aveugle* [Memorias de ciego], tres años después, evoca su "celo herido" respecto de los talentos de dibujante que la familia reconocía en su hermano René.

El año 1991 marca un vuelco, con el volumen *Jacques Derrida*, que se publica en la colección Les Contemporains de Seuil: no solamente la contribución de Jacques Derrida, "Circonfesión", es de punta a punta autobiográfica, sino que además, en el "Curriculum Vitae" que sigue al análisis de Geoffrey Bennington, el filósofo acepta plegarse a lo que designa como "la ley del género", aunque lo hace con una diligencia que su coautor califica púdicamente como "desigual".³ Pero claramente la infancia y la juventud son las partes privilegiadas, al menos en lo que se refiere a notaciones personales.

A partir de este momento, las páginas autobiográficas se hacen cada vez más numerosas. Como reconoce Derrida en 1998, "durante las dos últimas décadas [...], de un modo a la vez ficticio y no ficticio, los textos en primera persona se han ido multiplicando: actos de memoria, confesiones, reflexiones sobre la posibilidad o la imposibilidad de la confesión".⁴ A poco de comenzar a reunirlos, estos fragmentos proponen un relato notablemente preciso, aun-

² "Il n'y a pas le narcissisme", entrevista con Didier Cahen, reproducida en *Points de suspension*, op. cit., p. 216.

³ Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida*, París, Seuil, col. Les Contemporains, 1991, p. 297 [trad. esp.: *Jacques Derrida*, trad. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1994].

⁴ "À voix nue", entrevista radial con Catherine Paoletti, reproducida en Jacques Derrida, *Sur parole. Instantanés philosophiques*, París, L'Aube y France-Culture, 1999, p. 10 [trad. esp.: *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, trad. de Cristina de Peretti y Paco Vidarte, Madrid, Trotta, 2001].

que también es repetitivo y lagunoso a la vez. Se trata de una fuente inapreciable, la principal para este período, la única que nos permite evocar esa infancia de manera sensible y como desde el interior. Pero estos relatos en primera persona –cabe recordarlo– deben ser leídos ante todo como textos. Deberíamos acercarnos a ellos con tanta prudencia como a las *Confesiones* de san Agustín o de Rousseau. Y, de todas maneras –como reconoce Derrida– se trata de reconstrucciones tardías, tan frágiles como inciertas: “Intento recordar, más allá de los hechos documentados y las referencias subjetivas, qué era lo que podía pensar, sentir, en aquel momento, pero esos intentos casi siempre fracasan”.⁵

Lamentablemente, las huellas materiales que uno puede agregar y confrontar con este abundante material autobiográfico son pocas. Gran parte de los papeles familiares parece haber desaparecido en 1962, cuando los padres de Derrida dejaron precipitadamente El Biar. No encontré ninguna carta del período argelino. Y, a pesar de mis esfuerzos, me fue imposible echar mano al más mínimo documento en las escuelas a las que asistió. Pero tuve la oportunidad de poder recoger cuatro valiosos testimonios de aquellos lejanos años: los de René y Janine Derrida –el hermano mayor y la hermana de Jackie–, el de su prima Micheline Lévy y el de Fernand Acharrok, uno de sus más íntimos amigos de aquel entonces.

En 1930, el año de su nacimiento, Argelia celebra con gran pompa el centenario de la conquista francesa. Durante su viaje, el presidente de la República, Gaston Doumergue, celebra “la admirable obra de colonización y civilización” realizada desde hacía un siglo. Ese momento es considerado por muchos como el apogeo de la Argelia francesa. Al año siguiente, en el bosque de Vincennes, la Exposición Colonial recibirá a 33 millones de visitantes, mientras que la exposición anticolonialista pensada por los surrealistas apenas logra un muy modesto éxito.

Con sus 300 mil habitantes, su catedral, su museo y sus grandes avenidas, “Argel la Blanca” se muestra como la vidriera de Francia en África. Todo busca recordar las ciudades de la metrópoli, empezando por el nombre de las calles: avenida Georges Clemenceau, bulevar Gallieni, calle Michelet, plaza Jean Mermoz, etc. Allí, los “musulmanes” o “indígenas” –como se llama generalmente a los árabes– son levemente minoritarios respecto de los “europeos”. La Argelia donde crecerá Jackie es una sociedad profundamente desigual,

⁵ Jacques Derrida, *Sur parole*, op. cit., p. 11.

tanto en el plano de los derechos políticos como en el de las condiciones de vida. Las comunidades se codean pero casi no se mezclan, sobre todo cuando se trata de casarse.

Como muchas familias judías, los Derrida llegaron desde España mucho antes de la conquista francesa. Desde el comienzo mismo de la colonización, los judíos fueron considerados por las fuerzas de ocupación francesas como auxiliares y aliados potenciales, lo cual los alejó de los musulmanes, con los que hasta entonces se mezclaban. Otro acontecimiento va a separarlos aún más: el 24 de octubre de 1870, el ministro Adolphe Crémieux da su nombre al decreto que naturaliza en bloque a los 35 mil judíos que viven en Argelia. Pero esto no impide que a partir de 1897 se desencadene el antisemitismo en Argelia. Un año después, Édouard Drumont, el tristemente famoso autor de *La Francia judía*, es elegido diputado de Argel.⁶

Una de las consecuencias del decreto Crémieux es la creciente asimilación de los judíos en la vida francesa. Se conservan las tradiciones religiosas, pero en un espacio exclusivamente privado. Se afrancesan los nombres judíos o, como en la familia Derrida, se los relega a una discreta segunda posición. Se habla de “templo” antes que de “sinagoga”, de “comunión” antes que de “*bar mitzva*h”. El propio Derrida, mucho más atento a las cuestiones históricas de lo que se suele pensar, era muy sensible a esta evolución:

Participé de una extraordinaria transformación del judaísmo francés en Argelia: mis bisabuelos todavía eran muy cercanos a los árabes por la lengua, la ropa, etc. Después del decreto Crémieux (1870), a fines del siglo XIX, la generación siguiente se aburguesó: mi abuela [materna], aunque se había casado casi clandestinamente en el patio trasero de una alcaldía de Argel a causa de los pogromos (en pleno caso Dreyfus), ya criaba a sus hijas como burguesas parisinas (buenos modales del 16^e *arrondissement*, clases de piano, etc.). Luego vino la generación de mis padres: pocos intelectuales, sobre todo comerciantes, modestos o no, de los cuales algunos ya explotaban la situación colonial convirtiéndose en representantes exclusivos de grandes marcas metropolitanas.⁷

⁶ Benjamin Stora, *Les Trois Exils. Juifs en Algérie*, París, Stock, 2006, p. 48. También me baso en otro libro del mismo autor: *Histoire de l'Algérie colonial, 1830-1954*, París, La Découverte, col. Repères, 2004, p. 32.

⁷ Jacques Derrida, *Apprendre à vivre enfin. Entretien avec Jean Birnbaum*, París, Galilée, 2005, pp. 36 y 37 [trad. esp.: *Aprender por fin a vivir. Entrevista con Jean Birnbaum*, trad. de Nicolás Bersihand, Buenos Aires, Amorrortu, 2006].

El padre de Derrida, Haïm Aaron Prosper Charles, llamado Aimé, nació en Argel el 26 de septiembre de 1896. A los 12 años entra como aprendiz en la casa de vinos y licores Tachet, donde trabajará toda su vida, como lo había hecho su propio padre, Abraham Derrida, y como lo había hecho el de Albert Camus, también empleado en una casa de vinos, en el puerto de Argel. En el período de entreguerras, la vid es la primera fuente de ingresos de Argelia y su viñedo es el cuarto del mundo.

El 31 de octubre de 1923, Aimé se casa con Georgette Sultana Esther Safar, nacida el 23 de julio de 1901, hija de Moïse Safar (1870-1943) y Fortunée Temime (1880-1961). Su primer hijo, René Abraham, nace en 1925. Un segundo hijo, Paul Moïse, muere a los 3 meses de edad, el 4 de septiembre de 1929, menos de un año antes del nacimiento de quien se convertirá en Jacques Derrida. Seguramente esto hará de él –escribirá en “Circonfesión”– “unpreciado pero muy vulnerable intruso, un mortal de más, Élie amado en lugar de otro”.⁸

Jackie nace al amanecer, el 15 de julio de 1930, en El Biar, en los altos de Argel, en una casa de vacaciones. Su madre se negó hasta último momento a interrumpir una partida de póker, un juego que seguirá siendo la pasión de su vida. El primer nombre del niño seguramente fue elegido en honor a Jackie Coogan, que tenía el papel protagónico en *The Kid [El chico]*. En el momento de la circuncisión, le dan también un segundo nombre, Élie, que no se inscribe en el registro civil, contrariamente al de su hermano y hermana.

Hasta 1934, la familia vive en la ciudad, salvo durante los meses de verano. Viven en la calle Saint-Augustin, lo cual puede parecer demasiado bello para ser verdad, cuando se sabe de la importancia que tendrá el autor de las *Confesiones* en la obra de Derrida. De esta primera vivienda, donde sus padres pasaron nueve años, sólo conserva imágenes muy vagas: “Un vestíbulo oscuro, un almacén debajo de la casa”.⁹

Poco antes del nacimiento de un nuevo hijo, los Derrida se mudan a El Biar –“el pozo”, en árabe–, un suburbio más bien acomodado donde los niños podrán respirar. Se endeudan por largos años y compran un modesto chalé, en el número 13 de la calle Aurelle de Paladines. Situado “al borde de un barrio árabe y de un cementerio católico, al final del camino del Reposo”, cuenta con un jardín que más adelante recordará como “el Vergel”, el “*Pardès*” o

⁸ Jacques Derrida, “Circonfession”, en Geoffrey Bennington y Jacques Derrida, *Jacques Derrida, op. cit.*, pp. 52 y 53. Para algunos elementos de este capítulo, debo mucho al “Curriculum Vitae” propuesto en el mismo libro, pp. 299-307.

⁹ Jacques Derrida, “Circonfession”, *op. cit.*, p. 124.

“PARDÉS”, como le gusta escribir, imagen tanto del Paraíso como del Gran Perdón y lugar esencial en la tradición de la Cábala.

El nacimiento de su hermana Janine se corresponde con una anécdota que se hizo famosa en la familia, la primera “frase” de Derrida que llega hasta nosotros. Cuando sus abuelos lo hacen entrar en la habitación, le muestran un baúl, que contenía los elementos necesarios para un parto de la época, diciendo que su hermanita había venido de allí. Jackie se acerca a la cuna y mira a la beba antes de declarar: “Quiero que la pongan de nuevo en su valija”.

A los 5 o 6 años, Jackie es un niño muy simpático. Con un pequeño sombrero de paja en la cabeza, canta canciones de Maurice Chevalier durante las fiestas familiares. Suelen apodarlo *le Négus* [el negro], por la negrura de su piel. Durante toda su primera infancia, la relación de Jackie y su madre es especialmente simbiótica. Georgette, que había tenido una nodriza hasta los 3 años, no era muy tierna ni demostrativa con sus hijos. Pero esto no impidió que Jackie sintiera verdadera adoración por ella, similar a la del pequeño Marcel de *En busca del tiempo perdido*. Derrida se describirá como “ese niño con quien los grandes se divertían haciéndolo llorar porque sí o porque no”, ese niño “que hasta la pubertad todas las noches exclamaba ‘Tengo miedo, mamá’, hasta que lo dejaban dormir en un diván cerca de sus padres”.¹⁰ Cuando lo llevan a la escuela, se queda hecho un mar de lágrimas en el patio, con el rostro pegado contra la reja.

Recuerdo muy bien la angustia de la separación de mi familia, de mi madre, mis llantos, los gritos en el jardín de infantes. Vuelvo a ver las imágenes de cuando la maestra me decía “Tu mamá vendrá a buscarte” y yo le preguntaba “¿Dónde está?”. Ella me decía “En la cocina” y yo imaginaba que en ese jardín [...] había un lugar donde mi madre cocinaba. Recuerdo las lágrimas y los gritos de la entrada y las risas a la salida. [...] Llegué a inventar enfermedades para no ir a la escuela, pedía que me tomaran la temperatura.¹¹

El futuro autor de “Tímpano” y “L’oreille de l’autre” [La oreja del otro] sufre repetidas otitis, que provocan gran preocupación en la familia. Lo llevan de médico en médico. Los tratamientos de la época son violentos, con lavados de agua caliente que perforan el tímpano. En un momento, incluso le quitan el hueso mastoides, una operación muy dolorosa, pero muy frecuente por entonces.

¹⁰ Jacques Derrida, “Circonfession”, *op. cit.*, pp. 114 y 115.

¹¹ Jacques Derrida, *Sur parole*, *op. cit.*, pp. 11 y 12.

En este período ocurre un drama infinitamente más grave: su primo Jean-Pierre, que es un año mayor, muere atropellado por un auto, delante de su casa de Saint-Raphaël. El shock se acrecienta porque al principio en la escuela le anuncian, por error, que quien acaba de morir es su hermano René. Derrida quedará muy marcado por este primer duelo. Un día le dirá a su prima Micheline Lévy que le tomó años comprender por qué había llamado Pierre y Jean a sus dos hijos.

En la escuela primaria, Jackie es un muy buen alumno, salvo en lo que se refiere a su escritura: se la considera imposible y lo seguirá siendo. “Durante el recreo, el maestro, que sabía que era el primero de la clase, me decía: ‘Sube a reescribir esto, es ilegible. Cuando estés en el liceo, podrás permitirte escribir así, pero por ahora es inaceptable’.”¹²

En esta escuela, como seguramente también en muchas otras en Argelia, los problemas raciales ya son muy palpables: los alumnos cometen brutalidades entre sí. Jackie, aún muy temeroso, se siente tan expuesto en la escuela que la considera un infierno. Cada día teme que se desaten peleas. “Había violencia racista, racial, que se desarrollaba en todos los niveles, racismo anti-árabe, antisemita, antiitaliano, antiespañol... ¡Había de todo! Todos los racismos se cruzaban...”¹³

Si bien los pequeños “indígenas” son numerosos en los cursos de la escuela primaria, la mayoría desaparece al entrar al liceo. Derrida lo contará en *El monolingüismo del otro*: el árabe se considera una lengua extranjera, cuyo aprendizaje está permitido pero no se lo motiva. La realidad argelina, por su parte, se niega absolutamente: la historia de Francia que se les enseña es “una disciplina increíble, una fábula y una biblia, pero también es una doctrina de adoctrinamiento casi imborrable”. No se dice una sola palabra sobre Argelia, nada de su historia ni de su geografía, mientras que se exige a los niños que sean capaces de “dibujar con los ojos cerrados las costas de Bretaña o el estuario de La Gironda” y de recitar de memoria “el nombre de las capitales de todos los departamentos franceses”.¹⁴

¹² Jacques Derrida, “Entre le corps écrivain et l’écriture...”, entrevista con Daniel Ferrer, en *Genesis*, núm. 17, diciembre de 2001.

¹³ Jacques Derrida, “L’école a été un enfer pour moi”, entrevista con Bernard DeFrance publicada en *Cahiers pédagogiques*, núms. 270 y 272, enero y marzo de 1989. El texto de la entrevista no fue revisado por Derrida.

¹⁴ Jacques Derrida, *Le monolingüisme de l’autre*, París, Galilée, 1996, p. 76 [trad. esp.: *El monolingüismo del otro*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial, 1997].

No obstante, los alumnos mantienen relaciones más que ambiguas con la metrópoli, como hay que llamarla oficialmente. Algunos privilegiados pasan allí sus vacaciones, a menudo en “ciudades de agua”, como Évian, Vittel o Contrexéville. Para todos los demás, entre los que se cuentan los hermanos Derrida, Francia, cercana y lejana a vez, del otro lado de un mar que es como un abismo infranqueable, se presenta como un país de sueño. Es el “modelo del buen hablar y el buen escribir”. Mucho más que como una patria, se la percibe como un afuera que es “a la vez una plaza fuerte y un lugar totalmente diferente”. A Argelia la sienten “de un saber oscuro, pero asegurado”, es algo muy diferente a una provincia entre otras. “Para nosotros, desde la infancia, Argelia también era un país.”¹⁵

La religión judía está presente en la cotidianidad familiar de manera más bien reservada. En las grandes fiestas, se lleva a los niños a la sinagoga de Argel. Jackie es particularmente sensible a la música y a los cantos sefaradíes, un gusto que conservará durante toda la vida. En uno de sus últimos textos, recordará también los ritos de la luz en El Biar, que comenzaban el viernes por la tarde.

Vuelvo a ver el instante en que, habiendo tomado todas las precauciones necesarias, luego de que mi madre encendiera la mariposa* cuya pequeña llama flotaba en la superficie de un vaso de aceite, de pronto ya no se podía tocar el fuego ni encender un fósforo, sobre todo no se podía fumar ni apoyar el dedo en un interruptor.

También conservará imágenes alegres de Purim, con “las velas plantadas en las mandarinas, los ‘guenégueletes de almendras’, las ‘galettes blancas’ agujereadas y cubiertas con azúcar glaseada después de que las empaparan en almíbar y las suspendieran como ropa recién lavada alrededor de una cuerda”.¹⁶

En la familia, es Moïse Safar, el abuelo materno, quien, sin ser rabino, encarna la conciencia religiosa: “Una rectitud venerable lo colocaba por encima del cura”.¹⁷ De presencia austera, muy practicante, permanece sentado en su

¹⁵ Jacques Derrida, *Le monolingüisme de l'autre*, op. cit., pp. 73 y 74.

* En francés, *veilleuse*: pequeña mecha afirmada en un disco que flota en el aceite de una lámpara. En este mismo texto, Derrida se refiere a la polisemia del término, vinculado, entre otros usos, al verbo *veiller* [velar]. [N. de la T.]

¹⁶ Jacques Derrida, “Les lumières de l'exil”, prólogo al álbum de Frédéric Brenner, *Diaspora: terres natales de l'exil*, París, La Martinière, 2003.

¹⁷ Jacques Derrida, *Mémoires d'aveugle. L'autoportrait et autres ruines*, París, RMN, 1990, p. 43.

sillón, aborto durante horas en su libro de oraciones. Es él quien, poco antes de morir, le regalará a Jackie en su *bar mitzvah* ese talit completamente blanco, del que hablará extensamente en *Velos*, ese manto de oración que dice “tocar” o “acariciar todos los días”.¹⁸

La abuela materna, Fortunée Safar, sobrevivirá mucho tiempo a su marido. Es la figura dominante de la familia: no se puede tomar ninguna decisión importante sin consultarla. Pasa largos períodos en la calle Aurelle de Paladines, con la familia Derrida. Los domingos, y durante los meses de verano, la casa desborda de gente. Es el punto de reunión de las cinco hijas Safar. Georgette, la madre de Jackie, es la tercera. Es famosa por sus ataques de risa y su coquetería. Y más aún por su pasión por el póker. Casi todo el tiempo hace caja común con su madre, lo cual le permite equilibrar pérdidas y ganancias. El propio Jackie contará que aprendió a jugar al póker mucho antes de aprender a leer y que desde muy pequeño fue capaz de distribuir los naipes con la destreza de un crupier de casino. Nada le gusta más que quedarse sentado en medio de sus tías, deleitándose con las boberías que cuentan para luego ir a contárselas a los primos y primas.

Si bien a Georgette le encanta recibir gente en su casa y aunque en esos casos prepara un delicioso cuscús con hierbas, casi no se preocupa por las obligaciones cotidianas. Durante la semana, el almacén vecino le suministra las provisiones. Y los domingos por la mañana su marido se encarga de hacer las compras, a veces acompañado por Janine o Jackie. Hombre más bien taciturno y sin demasiada autoridad, Aimé Derrida apenas protesta contra el poder matriarcal. “Éste es el hotel Patch”, lanza a veces, misteriosamente, cuando las damas se acicalan demasiado para su gusto. Lo que a él le gusta es ir a las carreras de caballos, algunos domingos por la tarde, mientras la familia baja a una de las bellas playas de arena fina, en general a la Poudrière, en Saint-Eugène.¹⁹

Cuando la guerra ya ha sido declarada, pero aún no tiene efectos significativos en el territorio argelino, una tragedia golpea a la familia Derrida. El hermano menor de Jackie, Norbert, que acaba de cumplir 2 años, sufre de una meningitis tuberculosa. Aimé se desvive por intentar salvarlo, consultando a diversos médicos, pero el niño muere el 26 de marzo de 1940. Para Jackie, que entonces tiene 9 años, es la “fuente de un asombro incansable” ante aquello que nunca podrá comprender ni aceptar: “Seguir viviendo o volver a vivir

¹⁸ Hélène Cixous y Jacques Derrida, *Voiles*, París, Galilée, 1998 [trad. esp.: *Velos*, trad. de Mara Negrón, México, Siglo XXI, 2001].

¹⁹ Entrevistas con Janine Meskel-Derrida, René Derrida y Micheline Lévy.

después de la muerte de un ser querido". "Me acuerdo del día en que vi a mi padre, en 1940, en el jardín, encendiendo un cigarrillo una semana después de la muerte de Norbert, mi hermano menor: '¿Pero cómo todavía puede? ¡Sollozaba desde hacía ocho días!'. Nunca pude reponerme".²⁰

Desde hace años, el antisemitismo prospera en Argelia más que en cualquier otra región de Francia metropolitana. La extrema derecha hace campaña para abolir el decreto Crémieux, mientras el titular del periódico antisemita *Le Petit Oranais* repite día tras día: "Hay que echar azufre, brea y, si se puede, fuego del infierno a las sinagogas y a las escuelas judías, destruir las casas de los judíos, apropiarse de sus bienes y echarlos al medio del campo, como perros rabiosos".²¹ Poco después de la aniquilación del ejército francés, la "Revolución Nacional" soñada por el mariscal Pétain va a encontrar en Argelia un terreno más que favorable. A falta de ocupación alemana, los dirigentes locales darán muestras de un gran celo: para satisfacer a los movimientos antijudíos, las medidas antisemitas se aplican de manera más rápida y radical que en la metrópoli.

La ley del 3 de octubre de 1940 prohíbe a los judíos ejercer determinado número de oficios, particularmente en la función pública. Se establece un *numerus clausus* del 2% para las profesiones liberales, que será reforzado al año siguiente. El 7 de octubre, Peyrouton, el ministro del Interior, deroga el decreto Crémieux. Para toda esta población, que es francesa desde hace setenta años, las medidas del gobierno de Vichy constituyen "una terrible sorpresa, una catástrofe imprevisible". "Es el exilio 'interior', la expulsión fuera de la ciudadanía francesa, un drama que transforma la vida cotidiana de los judíos de Argelia."²²

Aunque Jackie sólo tiene 10 años, también sufre las consecuencias de estas odiosas medidas:

En la escuela primaria era un buen alumno, a menudo el primero de la clase, lo cual me permitió notar los cambios provocados por la Ocupación y la llegada al poder del mariscal Pétain. En las escuelas de Argelia, donde no había

²⁰ Catherine Malabou y Jacques Derrida, *La contre-allée. Voyager avec Jacques Derrida*, París, La Quinzaine Littéraire-Louis Vuitton, 1999, p. 29.

²¹ Citado por Benjamin Stora, *Les Trois Exils*, op. cit., p. 78.

²² *Ibid.*, p. 87. Para más detalles sobre la situación de Argelia durante la Segunda Guerra Mundial, véase también la recopilación *Alger 1940-1962*, París, Autrement, col. Mémoires, núm. 56, 1999, pp. 34 y 35.

alemanes, comenzaron a hacer que enviáramos cartas al mariscal Pétain, que cantáramos “Mariscal, aquí estamos”, etc., que izáramos la bandera todas las mañanas al iniciarse las clases. Y como siempre le pedían al primero de la clase que izara la bandera, cuando llegaba mi turno, me reemplazaban por otro. [...] Aún no logro saber si eso me hirió de manera fuerte, confusa o vaga.²³

Desde entonces autorizadas –cuando no promovidas–, las injurias antisemitas estallan a cada momento, sobre todo por parte de los niños.

No creo haber escuchado por primera vez la palabra “judío” en mi familia [...]. Creo que la escuché en la escuela de El Biar y ya cargada con lo que en latín se podría llamar una *injuria*, en inglés *injury*, a la vez un insulto, una herida y una injusticia [...]. Antes de que pudiera comprender algo de todo esto, recibí la palabra como un golpe, como una denuncia, una deslegitimación antes de todo derecho.²⁴

La situación se agrava rápidamente. El 30 de septiembre de 1941, al día siguiente de la visita a Argelia de Xavier Vallat, el comisario general de Asuntos Judíos, una ley instituye un *numerus clausus* del 14% de niños judíos en la enseñanza primaria y secundaria, una medida sin correlato en Francia metropolitana. En noviembre de 1941, el nombre de su hermano René figura en la lista de los alumnos excluidos: perderá dos años de estudios y piensa en suspenderlos definitivamente, como lo harán varios de sus compañeros. Su hermana Janine, que sólo tiene 7 años, también es expulsada de la escuela.

Jackie, por su parte, entra en sexto año* en el liceo de Ben Aknoun, un ex monasterio cercano a El Biar. Allí conoce a Fernand Acharrok y a Jean Taousson, que serán sus grandes amigos de la adolescencia. Pero si este sexto año es importante, es sobre todo porque coincide en Jackie con un verdadero descubrimiento: el de la literatura. Creció en una casa donde había pocos libros y ya ha agotado los modestos recursos de la biblioteca familiar. Aquel año, su pro-

²³ Jacques Derrida, *Sur parole*, op. cit., p. 12.

²⁴ Jacques Derrida, “Abraham, l’autre”, en *Judéités. Questions pour Jacques Derrida*, París, Galilée, 2003, p. 20.

* En el sistema escolar francés, la educación primaria y secundaria se organiza en tres etapas, que comprenden desde los 6 a los 16 años de edad: la *école élémentaire* (compuesta por el curso preparatorio o CP, el curso elemental de primer año o CE1, el curso elemental de segundo año o CE2, el curso medio de primer año o CM1 y el curso medio de segundo año o CM2), el *collège* (sexto, quinto, cuarto y tercer años) y el *lycée* (segundo y primer años y “terminal”). [N. de la T.]

fesor de francés se apellida Lefèvre.²⁵ Es un joven pelirrojo que acaba de llegar de Francia. Se dirige a sus alumnos con un entusiasmo que a veces los hace sonreír. Pero un día se lanza en un elogio del estado amoroso y menciona *Los alimentos terrestres* de André Gide. Jackie consigue enseguida el libro y se sumerge en él con exaltación. Lo leerá y releerá durante varios años.

Debo haberme aprendido ese libro de memoria. Como probablemente a todo adolescente, me gustaba su fervor, el lirismo de sus declaraciones de guerra a la religión y a las familias [...]. Para mí era un manifiesto o una biblia [...] sensualista, inmoralista y sobre todo muy argelina [...] recuerdo el himno a Sahel, a Blida y a los frutos del Jardin d'Essai.²⁶

Pocos meses después, se le impondrá otro rostro de Francia, infinitamente menos deseable.

²⁵ Según Fernand Acharrok, este profesor en realidad se llamaba Verdier.

²⁶ Jacques Derrida, *Points de suspension*, op. cit., p. 352.